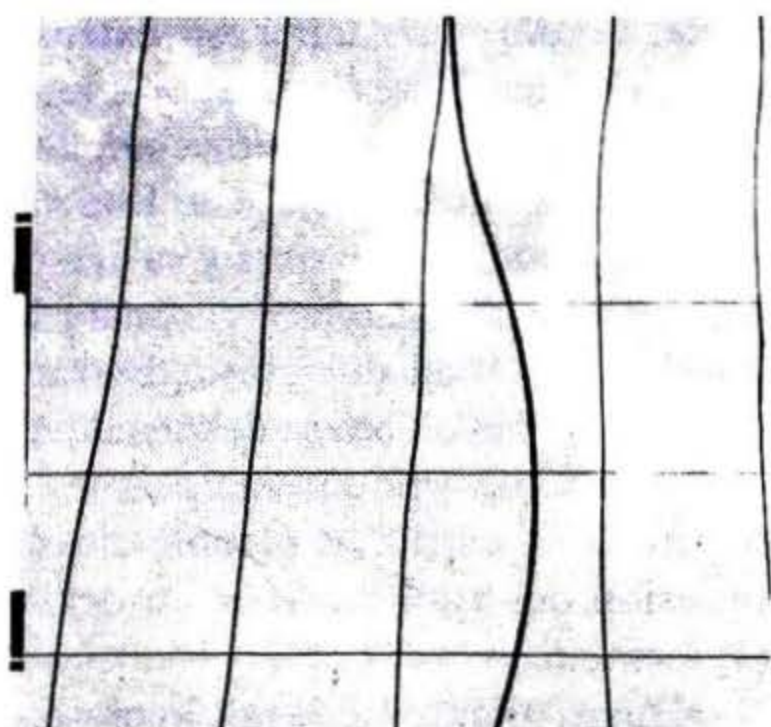


la mayoría de artículos pretenciosos, laberínticos y "demoledores" que estamos acostumbrados a leer en revistas y periódicos.



Un panorama justo del arte colombiano (incompleto, claro está) que induce al lector a interesarse por estos artistas y, sobre todo, le presenta un ejemplo de cómo se puede escribir buena crítica sin rebusques ni poses de especialista. Gracias, en todos los casos, al reconocimiento de un trabajo arduo, consciente, indeclinable. Y gracias, por supuesto, a la precisión de su escritura, al oficio de un avezado escritor.

Un libro que triunfa en su intención, pese a que carece de ilustraciones de los autores aludidos, lo que no parece lógico en una publicación de esta índole. Doble mérito de Cobo Borda.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

## **"La inocencia, como una estación de tren barrida por el viento"**

**La farmacia del ángel**

Juan Manuel Roca

Editorial Norma,

Santafé de Bogotá, 1995, 95 págs.

No es gratuita ya la certeza de que en Colombia sea Juan Manuel Roca el poeta en el que con más claridad se evidencia el proceso de formación, o más

bien, a estas alturas, el de depuración. Desde su primer libro de poemas —*Memoria del agua*— hasta este último —*La farmacia del ángel*—, no es extraño encontrar en él casi los mismos temas, los mismos tópicos, las mismas creencias, los mismos símbolos. En efecto, Juan Manuel Roca pareciera repetirse en lo que no es más que un ejercicio sobre el que va asumiendo los cánones que le son propios. En sus creaciones, vistas en secuencia cronológica, queda la sensación —el lector podrá comprobarlo por sí mismo— de que cambiará tan sólo el objeto, aquellos rasgos distintivos que necesariamente tienen que separar a un libro de los demás. No en vano los preparativos de esta *Farmacia del ángel* son (en equilibrada dosificación) una ajustada muestra de cada una de sus talladas obsesiones. Subsisten, por ejemplo, en su fondo, tal como si de ellos hubiese quedado marcado para siempre, los resentimientos que hicieron carrera en los años 70, de los que, por fortuna y en una actitud estrictamente libre, apenas queda para hoy la feliz sátira. Sin duda, de esta época permanece en Roca el ingenio en el dominio del llamado "arte de la coyuntura", en la punzante capacidad de observar esgrimiendo. Por ello también sea la suya, considerando el modo en que la poesía se escribe, una literatura funcional que se adapta con facilidad (y fidelidad) a las necesidades y a la lengua de los oyentes. No hay mayor evidencia —aparte la madura distribución y pronunciación de sus textos— que la insidiosa presencia de "la voz característica", la voz que surge de los estrados. En tal sentido, son variados los recursos de los que el poeta se sirve a fin de lograr su objetivo. Precisamente de éstos, y a partir, desde luego, de este libro que nos ocupa, quizá resulte apropiado hacer resaltar aquéllos que por su continuo empleo aparecen visibles. Es el caso de la contraposición, la que ni por asomo se ve reducida a simples retruécanos, presente a lo largo del libro, y que ayuda a la personalísima atmósfera que envuelve sus textos y los sostiene en un punto vacilante entre dos realidades: la conocida (la que nos es dada) y la ignorada, su opuesta (que intuimos, o, como bien lo hace Juan Manuel Roca, cons-

truimos). Un ejercicio de evasión de la realidad tangible para realzar su intangible, la que con obviedad está sujeta a una realidad poética:

De: *Parábola de las manos*, pág. 13:  
"Hay una mano de luz que  
/construye escaleras,  
Una de sombra que afloja  
/sus peldaños".

De: *Monólogo del que no conoce nada*, pág. 14:  
"Con las estrellas que desconozco  
Se podría dibujar un vasto  
/planisferio".

De: *Segunda muerte de Lázaro*, pág. 16:  
"¿No muero y nazco cada día,  
Cada vez que mi cuerpo entra  
O sale de los sueños?"

De: *Relación de algunas habitantes*, pág. 20:  
"Haz que la sombra del disparo no  
/hiera  
La sombra del venado".

De: *Tempestad en un vaso de cristal*, pág. 21:  
"... De desmemoria es la tinta  
Con la que se traza la palabra  
Eternidad...".

No faltan tampoco, frente a las contraposiciones, sus opuestas, las sobreposiciones:

De: *Mural de las máscaras*, pág. 22:  
"...un ángel sin voz persiguiendo  
/el silencio".

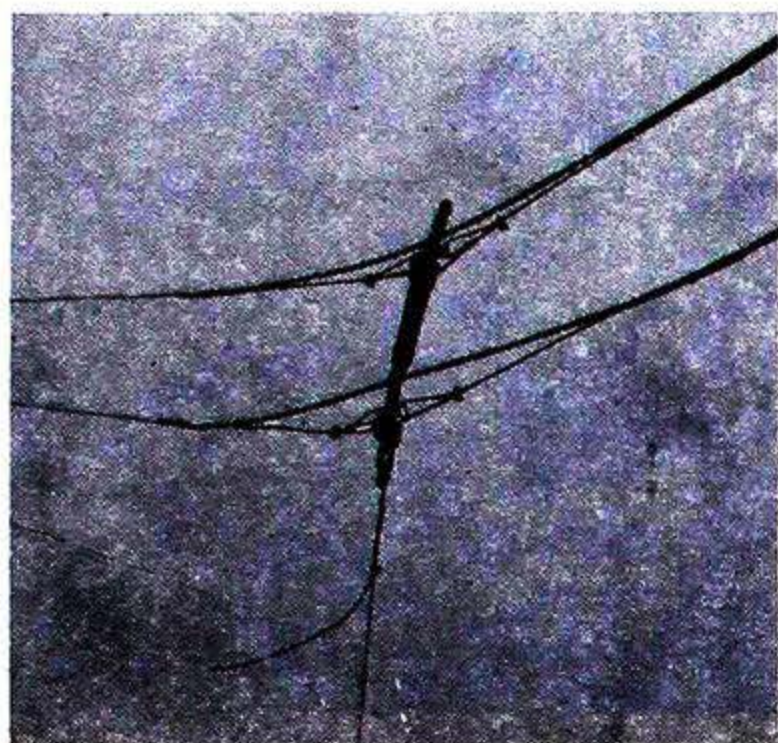
De: *Rapsodia de ausentes*, pág. 36:  
"...del incendio salvar sólo  
/el agua".

De: *Otra canción de la mujer que lava el agua*, pág. 51:  
"De tiempo en tiempo, al menor  
/descuido,  
Me visita la mujer que lava  
/el agua".

De: *Epitafio del aguafiestas*, pág. 56:  
"El que nombraba el maguey en  
/casa del ahorcado".



De: *Distrito de los bares*, pág. 63:  
 "...un hombre manco que trabaja a  
 /destajo".



Otro procedimiento, inconsciente o no, parece ser el de fijar las imágenes en una realidad pictórica (no sólo aludiendo directamente a pintores; en este libro, entre otros, a Guadalupe Posada, Chagall, Munch, o Van Gogh) sino levantando también, igual que si levantara un lienzo, sus plásticas escenas. En este aspecto, Roca parece haber vivido sus experiencias como quien, alucinado, entra a un cuadro y desde allí las dice:

De: *El ángel sitiado*, pág. 25:  
 "... La inocencia, como una  
 /estación de tren  
 barrida por el viento..."

De: *La soledad del guardafaros*,  
 pág. 64:  
 "En la sonora noche que despierta  
 Los órganos del mar o sus  
 /trombones,  
 Los grandes trasatlánticos  
 /encendidos  
 Como una ciudad entre la niebla  
 Parten en dos labios las aguas  
 /procelosas".

No escasean, en cuanto misteriosos, los habitantes de la historia, a los que Roca se acerca por el costado de su enigma: la segunda muerte de Lázaro, lo que vio la mujer de Lot, el cartero de Van Gogh o el lápiz mordisqueado de Rimbaud. Ni faltan tampoco los símbolos que singularizan su poesía: los espejos, el sueño, el amor, la patria, la infancia...

Con todo, no es sólo por las calidades formales, que Juan Manuel Roca atrae a sus lectores, sino también por los argumentos y temas que maneja.

GUILLERMO LINERO

## "Vértigo de piedras ingurgitadas"

Obra poética

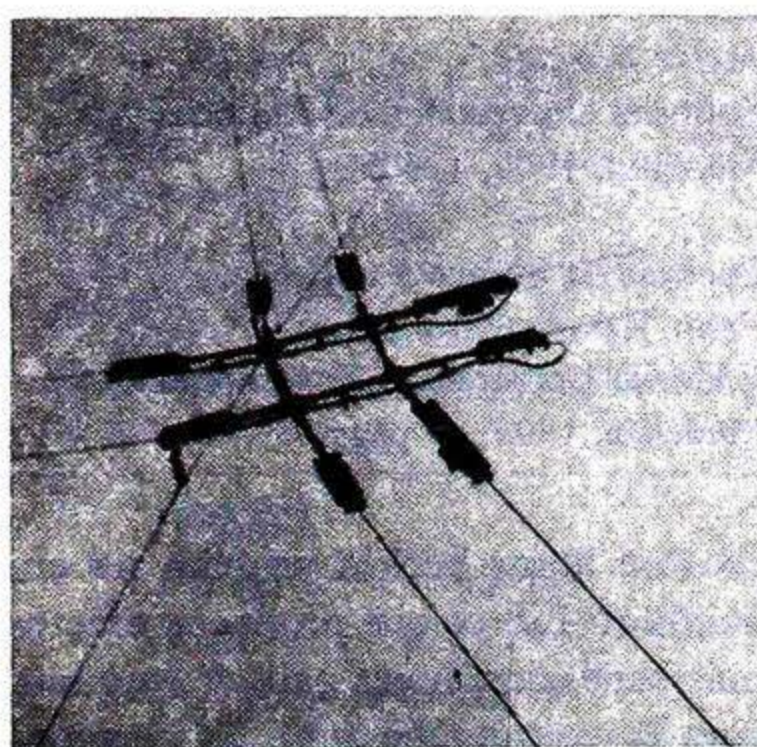
Germán Espinosa

Arango Editores,

Santafé de Bogotá, 1995, 357 págs.

### I

Ni dominar la prosodia y demás preceptos de la gramática, ni conocer los arcanos de la retórica, ni poseer un aceptable conocimiento de las humanidades, ni tener una aguda sensibilidad y, ni siquiera, ser un buen narrador, constituyen razones de peso para acceder al género lírico. De lo último, tanto Cervantes como Hemingway —citando apenas dos entre tanta evidencia— son ejemplos palpables: fueron excelentes novelistas, pero no queda de ellos un solo verso digno, no obstante los hubiesen forjado seriamente en vida.



Se sabe también de atinados filósofos, lingüistas y eruditos que no escribieron versos —o por lo menos no los dieron a la imprenta— porque eran conscientes de sus limitaciones.

Para erigir un poema se necesitan todos los conocimientos y ninguno: to-

dos, porque, como bien lo dice don Quijote en su discurso sobre la poesía —palabras más, palabras menos—, el cultivo de la poesía requiere el estudio de todas las ciencias; y ninguno, porque no podemos negar la belleza evidente de aquellas expresiones del folclor surgidas de la inspiración de creadores silvestres (¿quién negaría la poesía popular, ese tesoro inmenso de poemillas?).

Ante esta última peculiaridad, Platón, con cierta pelusa, explicaba que el poeta era simplemente una especie de médium a través del cual se expresaba un dios y que, por ello, pasado el trance de inspiración, era incapaz de explicar las maravillas propias de sus creaciones. En este sentido, también el músico Antonio Salieri se quejaba de que la naturaleza hubiese dotado al tosco W. A. Mozart de un genio tan extraordinario, mientras él —Salieri— tenía que esmerarse por entero, noble y educado como era, para lograr una composición.

La poesía y el arte, entonces, son dones inexplicables que pueden complementarse con el estudio de todas las disciplinas, pero sobre todo de la más vasta y próxima: la de la vida.

### II

Hace ya algunos meses se ha dado al público la *Obra poética* del maestro Germán Espinosa. Siete libros componen este trabajo que reúne textos escritos entre 1952 y 1990; libros que, en términos generales, abrazan poca poesía y sí, en cambio, mucha retórica, lugares comunes, expresiones prosaicas y resentimientos.

De nada valen los méritos eruditos y prosódicos que se evidencian en esta obra, y de nada valen tampoco algunas ráfagas de probada sensibilidad pues se pierden entre tanta ostentación de anacronismos, verborrea y juego de palabras inconducentes:

*Padecer de un dolor oblicuo, de  
 /un oblicuo  
 soñar, de un ritmo ledó, de una  
 /anodina afasia  
 mordaz, más elocuente que el  
 /verso más proficuo....*  
 [pág. 67]